

Hugo Correa:

# "El Nido de las Furias"



Por Ignacio Valente

ESCRIBIR novelas que se desarrollan en un país indeterminado de la América hispana —con rasgos de diversos países reales, pero reunidos en una síntesis imaginaria— lleva camino de convertirse en una costumbre nacional. Con diferentes matices, esa fue la empresa de José Donoso en *Casa de campo* y la de Jorge Edwards en *El museo de cera*. Y es ahora el caso de Hugo Correa en *El nido de las furias* (Editorial Pomaire). No se trata de influencias recíprocas, pues las tres novelas tienen poco y nada que ver entre sí. Pero, como los medios expresivos no suelen ser gratuitos, cabe preguntarse qué motivos llevan a un novelista a crear un escenario de ficción geográfica y política. En el caso de Donoso y Edwards, la respuesta me parece clara: ambos desarrollan una fabulación de grandes vuelos, una especie de exceso de fantasía creadora, que no resistiría como domicilio una latitud concreta del continente, por mu-



cho que se reconozca en su mundo una quintaesencia geográfica e histórica del ámbito latinoamericano como totalidad.

Las razones expresivas de Hugo Correa también son claras: el ingrediente de ciencia-ficción o de teología-ficción de su novela implica, asimismo, un escenario de ficción. La Plaza del Buitre y las Grutas Negras, hechuras de una antiquísima civilización, posible huella de seres



¿Cuál es el verdadero origen de Raimundo Ruiz y Pastene, alucinante gobernante tiránico de poder irresistible, apoyado al parecer en fuerzas sobrenaturales?

extraterrestres, posible habitación del Espíritu de la Montaña que protege al dictador local con sus poderes del cielo o del infierno, no son entidades que puedan situarse en Chile, Ecuador o Venezuela, sino sólo en esa vaga nación de los Andes que cobija a esta novela de asunto político, a la vez que preternatural. En ese escenario tropical gobierna un tirano de origen legendario, que a su eficiente policía agrega potencias del más allá para reinar sin contrapeso sobre una población mestiza algo primitiva.

Las series argumentales que se enlazan en la novela son varias. El hilo central corre a cargo de un periodista chileno, Valerio Ramírez, que quiere resolver el enigma de la Plaza del Buitre, y se ve progresivamente

envuelto en los entretelones del poder y en amorios con las propias ex amantes del Supremo —apodo generalizado del dictador—. Las andanzas naturales y preternaturales de éste, los manejes de su policía política, las aventuras de los grupos revolucionarios de oposición, la con sabida intervención de la CIA y las extrañas revelaciones del presunto Espíritu son los hilos que confluyen en el apocalíptico final, una erupción volcánica del lugar sagrado, que termina con el Supremo, con su régimen y con la novela. El montaje de estas diversas series, con sus correspondientes variaciones de tiempo y lugar, está bien construido, y los visibles defectos de los primeros capítulos de la novela se arreglan sobre la marcha y tienden a superarse en los capítulos finales.

El defecto más general afecta al nudo mismo de la novela: es la superposición un tanto mecánica y externa de los dos planos, el político-social y el extranatural, el terrestre y el del más allá. El misterio del otro mundo se junta a la trama de los humanos en forma casi siempre puramente aditiva, por mera yuxtaposición. No existe ninguna "sicología de lo preternatural", por llamarla así, y rara vez palpamos una atmósfera numinosa, terrible, sacra, con acción efectiva y sobrecogedora en este mundo. Tal vez el carácter nominal y externo de esta fusión se deba a la índole neutral y Estos capítulos, como he sugerido, tienden a multiplicarse a medida que la novela avanza. El lector que haya superado lo convencional de la primera parte del relato puede estar seguro de que, de la mitad en adelante, la obra de Hugo Correa no lo defraudará.